**Rotonda**

**“Si la obediencia es el resultado del instinto de las muchedumbres, el motín es el de su reflexión”** **(Napoleón***)*

Me presento, soy *el loco de la rotonda*, así me llaman, porque vivo en una rotonda. Ya sabéis, una de esas glorietas destinadas a regular el tráfico. Los periodistas hablan de mí a menudo, aunque debido a una ley estúpida, como casi todas, llamada “de protección de datos”, solo citan mis iniciales, C.A.R, privándome así de lo más sagrado, mi identidad, más valiosa que mi ya maltrecha intimidad. “C.A.R se niega a abandonar la rotonda”, escriben. “C.A.R se encadena a una señal de ceda el paso”, pregonan. El último titular es de antesdeayer: “C.A.R mantiene su pulso con la Administración y se arriesga a ser detenido”.

Según la prensa, soy solo un orate, un chiflado más en estos tiempos revueltos, un maldito demente con ansias de notoriedad que optó por plantar su flamante BMW en mitad de una rotonda y quedarse a vivir allí. Tal circunstancia les resulta insólita y noticiable, ya que mi economía es desahogada y no soy un indigente. Obviamente, ignoran el aspecto realmente extraordinario de esta situación, mi amor por Rotonda, tan digna de afecto como cualquiera de las criaturas insípidas, desagradables o hasta malvadas con las que ellos comparten sus vidas encorsetadas.

Por algún motivo que todavía no logro entender, pues a nadie molesto, quieren que me marche, que abandone a Rotonda, “un bien de dominio público”, repiten, ofendiéndola, como si fuera una vulgar meretriz. A tal fin soy compelido, requerido y apercibido de continuo, y aunque en cada aviso, cédula o notificación que dejan en mi parabrisas - me niego a salir del coche para recibir sus cartas- emplean un verbo distinto, el ánimo es siempre idéntico, una insidiosa voluntad de intimidarme. Ni siquiera la ONG *Stop Desahucios*, sensibilizada con mi caso -aun sin comprenderlo muy bien- ha podido ayudarme, de modo que no me queda otro remedio que sublevarme, dar un golpe en la mesa y elevar mi voz.

Basta ya.

Cándido Alonso Rodríguez, el más conformista de los seres humanos, el ciudadano ejemplar, el hombre tranquilo por definición, ha decidido amotinarse.

\*\*\*

Empezaré por el principio.

Por Rotonda, cómo no. De ahora en adelante, en cualquier caso, me referiré a ella prescindiendo del artículo determinante. Se acabó el anteponerle un “la”, pues creo que esas dos letras le restan empaque y protagonismo. Rotonda es Rotonda, a secas, sin aditivos lingüísticos que puedan distraer de su *rotondidad (*o rotundidad). Y usaré las mayúsculas, por supuesto, pues así se escriben los nombres propios y el suyo no ha de ser una excepción.

Respecto a la ubicación de Rotonda, es la que sigue: si se toma la salida 246 de la Autovía A 90 dirección a B. y se circula unos doscientos metros por el carril paralelo que luego desciende de forma abrupta, se llega a Rotonda. Eso fue lo que hice yo durante un año de mi vida, de lunes a viernes, en principio entre las 07.40 y las 07.45 de la mañana.

Rotonda acababa de nacer, e incluso la había inaugurado el Alcalde cortando una cinta. Pero la circulación en ese tramo, debido al tráfico intenso, continuaba siendo muy lenta.

El verdadero problema comenzaba al llegar allí, a Rotonda, donde la joven surgía colosal con sus cuatro carriles y sus cinco calles de entrada y/o salida, todo un prodigio de ingeniería vial. Cuando la vi por primera vez, subyugado, pensé que Rotonda emulaba a un pulpo descomunal, con sus patas en constante movimiento. Y es que era fácil quedarse sobrecogido, ante la velocidad y la fluidez de su tráfico.

Una señal de ceda el paso me daba el alto cada día en Rotonda, como si fuera un lacayo suyo que debiera inspeccionarme. Aquel letrero vertical, reproducido en el asfalto con pintura blanca, aquel centinela impertérrito, cual padre protector, me obligaba a frenar. Y es que ni una sola vez encontré la entrada a Rotonda libre y expedita. Rotonda es muy digna y muy coqueta. No me lo puso fácil y siempre hubo coches circulando por mi lado izquierdo, desfilando impávidos ante mis ojos e ignorándome por completo.

Siempre.

Me emociono al recordar aquellos días. Ella era una especie de anillo gigante disputado por un sinfín de dedos que, como ríos, desembocaban allí. La caravana de vehículos que quería incorporarse a la autovía en dirección oeste era abrumadora y llegaba desde una barriada mastodóntica situada al este, una de esas aglomeraciones urbanas en las que, situemos la vista donde la situemos, tropezaremos siempre con una muralla infinita de ladrillos verticales. Al norte, el polígono industrial se había ido extendiendo sin medida y el resultado era un taponamiento perenne.

No quedaba otro remedio que aguardar pacientemente en la puerta de mi amada.

\*\*\*

Al principio, el tiempo de espera osciló entre dos y tres minutos, algo razonable dada la intensidad del tráfico, pero pronto se duplicó. Encontrar un espacio entre dos vehículos y adentrarme raudo en la vorágine de Rotonda se convirtió en todo un desafío. Con los cinco sentidos en alerta, pisaba el acelerador y conseguía situarme entre ellos. El corazón me latía a mil pulsaciones por minuto, y cuando lograba asentarme en el corazón de Rotonda sin haber colisionado con nadie, me inundaba la euforia, orgulloso de mis rápidos reflejos.

Pero un mes después las cosas cambiaron.

El tráfico empeoró aún más, por unas obras cercanas del metro, y tuve que resignarme a la evidencia de que cada vez costaba más trabajo encontrar el ansiado hueco entre los coches. El tiempo que pasaba detenido junto a la señal de ceda el paso se fue ampliando progresivamente, y “unos pocos minutos” se transformaron en “unos muchos e interminables minutos”.

Sinceramente, no me importó.

O al menos, no hasta el punto de ver afectado mi estado de ánimo. Como siempre me he caracterizado por ser alguien extremadamente puntual, que sale de casa con una antelación excesiva, la pérdida de aquellos minutos en Rotonda no hacía peligrar, en principio, mi rigurosa formalidad. Además llevaba muy a gala mi talante optimista (ese que han aniquilado a martillazos aquellos que no me comprenden), una predisposición natural a agradecerle a la vida sus innumerables dádivas y a asumir, por otro lado, que los pequeños contratiempos del día a día son tan inevitables como la tos en los resfriados.

Por ello, cuando los coches que circulaban a mi izquierda se incorporaban raudos a Rotonda acelerando la marcha de forma innecesaria y hasta vil, con el único propósito de evitar que yo ocupara un breve espacio entre ellos, me obligaba a sonreír con indulgencia. La fatuidad del ser humano, su egoísmo congénito, aun siendo detestable, me ha maravillado siempre. Desde la perspectiva del juicio moral aséptico es indefendible, pero desde la atalaya de mi positivismo recalcitrante, posibilitaba, o eso quería creer, que nuestra especie no se extinguiese.

De modo que, resignado de buen talante a la espera, dejaba transcurrir los minutos, a veces hasta diez, escudriñando los rostros somnolientos y huraños de cientos de conductores. El monótono desfile me producía un ligero y creciente sopor, y cuando mis ojos detectaban un semblante risueño y alegre yo palmoteaba de goce, como un tonto, porque la mera alegría me espabilaba.

Ni siquiera cuando el tiempo de espera ante la señal de ceda el paso ascendió a veinte minutos, me solivianté. Nunca me mostré inquieto o enfadado. No quiero decir, por supuesto, que considerara normal aquella dilación, claramente excesiva, sino que, como ya he advertido más arriba, asumía que en esta vida siempre surgen escollos, adversidades y problemas de todo tipo. Una estoica resignación ante el embotellamiento diario constituía la actitud más inteligente si uno apreciaba sus arterias coronarias. Obviamente, no todos los conductores acataban la cruda realidad de ese modo, y muchas veces sufrí pitidos de claxon a mis espaldas, y hasta gritos de hombres y mujeres desesperados. Pero yo, inconmovible, siempre hacía oídos sordos a la histeria colectiva. La prudencia y el sentido común impidieron, una y otra vez, que me lanzara de forma inconsciente a las fauces de mi hambrienta e insaciable Rotonda. “Que me piten, que de aquí no me muevo”, parecía ser mi lema.

\*\*\*

A los seis meses el tiempo de espera en la señal de ceda el paso era ya de cuarenta minutos. Muchos conductores no lo soportaban y me adelantaban por el arcén derecho, o incluso por el lado izquierdo de la calzada, obviando la más elemental prudencia y arañando sus carrocerías con los *quitamiedos*. Otros preferían circular campo a través, o incluso se adentraban en Rotonda para poder cruzar de un lado a otro, atravesando el coso central, repleto de olivos, donde vivo en la actualidad. En definitiva, presencié innumerables colisiones y fui testigo de un sinfín de infracciones de tráfico.

Sin embargo yo siempre cumplí escrupulosamente las normas.

Decidí aprovechar el tiempo durante la espera y me dediqué a hacer cálculos estadísticos de todo tipo. Algunos de los datos más significativos que recopilé fueron los siguientes:

-El 63% de los integrantes de vehículos eran hombres.

-Sólo un 7% de los vehículos lucía matrícula del año en curso.

-El 12% de los conductores iba hablando por el teléfono móvil.

-Un inquietante 4% se hurgaba la nariz.

Y un dato lamentable: en el 95% de los casos en los que una pareja heterosexual ocupaba el vehículo, éste era conducido por el varón.

Dejo constancia de todo ello por si interesara a alguien y continúo con la cronología de los hechos.

Cuando el tiempo de espera alcanzó la hora de duración -incluso con la Policía Local ordenando el tráfico y asignando las preferencias de paso- comencé a llegar tarde a mi puesto de trabajo y ello supuso -ahora sí- un verdadero problema. La excusa de que Rotonda estaba muy concurrida nunca convenció a nadie. Para mi superior jerárquico, un hombre eficaz como el pegamento, imperturbable como una fecha de un cumpleaños, y más rígido que la porcelana, la culpa era mía. Yo, que para colmo no encontraba ya aparcamiento a esa hora, llegaba resoplando, y él me miraba con sus ojillos inquisidores de sabueso profesional. “¡Pusilánime, tentón, miedica!” gritaban en silencio sus pupilas de fuego, reprochándome el no ser capaz de encontrar ni un solo intervalo de tres segundos para deslizarme raudo entre dos coches. Los compañeros, más que por pusilánime, me tenían por un holgazán irredento que siempre se levantaba tarde, y alguien, una vez, me tomó por un inútil consumado que no sabía programar su reloj despertador.

Tras varias llamadas de atención, concluí que no me quedaba más remedio que sortear las inclemencias del tráfico con el paraguas de la extrema previsión. Empezaría a levantarme dos horas antes de lo acostumbrado, es decir, a las cuatro y media de la madrugada.

\*\*\*

En el reverso de la hora torera abandonaba el lecho dando un brinco, motivado y ágil como un gimnasta olímpico, sin compadecerme por mi mala suerte ni un solo instante. Luego hacía unas flexiones y me lavaba la cara con agua helada. “A quien madruga Dios le ayuda”, me repetía felizmente, y me imaginaba que era un monje, que vivía en un convento, y que mis hermanos me estaban esperando para maitines en la capilla. Aunque el espejo sobre el lavabo me devolvía la penosa imagen de un señor ojeroso y demacrado, no me importaba, pues aquella estampa era el vivo reflejo de una realidad envidiable y privilegiada: yo gozaba de un buen trabajo, excelentemente remunerado, fijo y estable. No tenía derecho a quejarme.

Los primeros días conseguí llegar puntual, o incluso antes de lo necesario, entregándome, en la espera, al placer de unos copiosos y sabrosos desayunos en la cafetería del Ministerio, pero enseguida las cosas volvieron a ser como siempre: todo el mundo empezó a levantarse a las cuatro de la madrugada y el problema, lejos de desaparecer, se agravó.

Para evitar la sensación de pérdida de tiempo, desagradable donde las haya, busqué hobbies gratificantes, compatibles con la espera junto a una señal de ceda el paso. En primer lugar, me aficioné a la fotografía nocturna. A menudo el aire era frío, pero yo me auto percibía sano y vigoroso, así que salía del vehículo y una bofetada de viento helado me libraba de la inevitable somnolencia. Luego instalaba con entusiasmo un trípode en el arcén, le colocaba a la cámara una lente adecuada, que concentrara bien la luz, y una linterna frontal. Luego abría el gran angular de 20 mm y disparaba. Porque a Rotonda le encantaba, estoy seguro, que yo la fotografiase.

Particularmente impactantes fueron mis instantáneas de la gasolinera Repsol iluminada, la cual, emulando a una fantasmagórica nave extraterrestre me hacía compañía en el lado derecho de la calzada. También el eterno centinela de ceda el paso me resultaba tiernamente inspirador, con su cabeza a modo de triángulo invertido, evocador del pubis femenino. Pero sobre todo, me gustaba fotografiar la pancarta gigante que algunos infelices habían colocado ya en el centro mismo de Rotonda, junto a los olivos. En ella se leía “SOLUCIÓN ROTONDA YA” y según la luz que recibiera, y el ángulo en el que fuera fotografiada, el reivindicativo cartel podía resultar muy artístico.

Poco a poco, mi alma sensible se fue ensanchando. El contacto continuo con mis semejantes, atrincherados en sus vehículos como taques, en una guerra común contra los sinsabores del tráfico, me fue ablandando los sesos. Dejándome llevar por una melancolía extraña- causada, quizás, por mi incipiente amor por Rotonda- tributé una oda tras otra a la luna perenne, como perenne era el atasco en el que yo vivía, o al destello de las luces largas, fugaces como mis horas de sueño, o a la cualidad de esfera de mi volante, metáfora rotunda del círculo vicioso de mi destino. Es decir, me convertí en poeta. Creo que para escribir sólo hace falta estar un poco aburrido y un poco desesperado, y yo me sentía de las dos formas. A veces, a causa de la lluvia, me veía forzado a permanecer dentro del vehículo, impedido para hacer fotos -salvo las de un parabrisas mojado- y tampoco me sentía inspirado para vomitar un verso tras otro. Así nació mi tercera gran vocación: el alemán. Todas aquellas horas de calma interior (en el exterior continuaba la batalla de los cláxones, desagradables como las ráfagas de metralla, o el estruendo de las colisiones, escandaloso como los misiles de la Guerra Fría) las dediqué a estudiar el idioma de Novalis, de Rilke o de Bertolt Brecht, a quienes leía a las luz de las estrellas. Gracias a Rotonda*, mein haus, mein leben, meine liebe* (mi hogar, mi vida, mi amor), hoy hablo con cierta soltura el idioma del viejo país centroeuropeo.

\*\*\*

Pero un día sucedió lo inevitable: llegué dos horas tarde a mi puesto de trabajo. La gota colmó el vaso, me expedientaron y acabaron sancionándome. Tras batallar en sucesivas instancias judiciales, un tribunal dictaminó que todo aquel carrusel de impuntualidades encadenadas se debía, simplemente, a una especie de “déficit organizativo” que yo, y cientos de conductores como yo, padecíamos sin remedio. Según los doctos magistrados, podría haber cambiado mi lugar de residencia, buscando alguno más cercano al Ministerio. También podría haberme desplazado en bicicleta. O incluso, ¿por qué no?, podría haber pasado las noches acampado al raso en el parquecillo que rodeaba mi centro de trabajo, como señalaba expresamente el Fundamento de Derecho Tercero de la resolución definitiva. Resumiendo, la culpa era culpa mía y solo mía. Contra nadie podría yo repetir reclamando daños y perjuicios.

Una tibia e incipiente furia, exótica y desconocida para mi psique, fue germinando entre los pliegues de mi estupefacción, pero logré aplacarla con el tiempo. Reflexionando, acabé culpándome por todo. Vencía así mi recalcitrante individualismo, negándose al victimismo. Y por supuesto, mi amor inquebrantable por el Estado de Derecho.

\*\*\*

Aun así, me deprimí. No había rencor en mí, sino pena.

Ese talante positivo que era como mi segunda piel se había esfumado sin que pudiera evitarlo. Un día, de repente, comprendí que la causa de mi languidez creciente, de mi apatía vital, y de mi inclinación al llanto, impropio todo ello de mi naturaleza entusiasta, no se debía a la suspensión temporal de mi empleo, sino al hecho, terco e incontestable, de que añoraba la compañía de Rotonda.

Y es que, más que un optimismo contumaz, lo que siempre me ha definido es un descomunal y abrumador romanticismo. Soy un bobo sentimental, un paria emocional, tierno como el queso de cabra. Soy un hombre tan sensible que detecto a los ácaros del polvo cuando se sientan en mis pestañas.

Harto de enjuagar mis lágrimas en los cojines del sofá, hice la mudanza.

No soportaba, además, que quien gobernara en mi calle fuese un ridículo semáforo. Que aquel poste sin alma, insobornable y tiránico, reinara impasible junto al portal de mi casa dirigiendo los destinos de los conductores, me enervaba.

Las luces de aquel semáforo, cronometradas en su alternancia previsible, no dejaban espacio al misterio, a la libertad, a la osadía o a la duda. Eran, para mi alma poeta, el equivalente a una férrea dictadura. “Ahora rojo, ahora verde. Cuando yo decida. Y todos a obedecerme”, parecía decir. Aquella reglamentación excesiva del tráfico se asemejaba a la asfixia de la intervención estatal desmesurada. Cuando el semáforo se mostraba en rojo para los conductores y estos se detenían para dejar pasar a los peatones, una mirada de desprecio ensombrecía mis ojos. “Hipócritas”, les gritaba en silencio, sabiendo que no había generosidad, iniciativa o libertad de ningún tipo en la coreografía mecánica de sus gestos indulgentes.

En cambio, en Rotonda todo era de verdad.

Estoy seguro de que vosotros, que me leéis, os incorporáis cada día a vuestras propias y particulares rotondas. ¿Sois proclives a ceder el paso, u os zambullís en ellas a codazos? Están por todas partes, sabéis de qué os hablo. Y coincidiereis conmigo en que esas plazas circulares de vuestras vidas, esos cruces endemoniados que frecuentáis, poseen una categoría superior a la de las restantes calzadas urbanas. Disfrutan, si me apuráis, de un estatus de universo paralelo, de país en miniatura, de escenario teatral.

En mi querida Rotonda la mayoría hace suya la vieja máxima medieval del *sálvese quien pueda*, pero junto a esta regla general asoma la cabeza a duras penas la excepción que la confirma. Se personifica en el insólito conductor que frena, sin que nadie lo obligue, para otorgar preferencia al que espera detenido. Por cosas como ésta me atrapó Rotonda, llena de luces y de sombras. Me cautivó Rotonda como a otros les seduce África, o cualquier otro lugar de nuestro planeta en el que la vida se desliza intensamente entre coordenadas en apariencia equivocadas. Y por eso vivo ahora en el centro mismo de mi amada, en ese ombligo que palpita entre olivos, testigo de todas las grandezas y de todas las miserias humanas. En la parcela de su cuerpo redondo anclé los cimientos de mi casa con ruedas. Solo pedía, humildemente, que me dejaran en paz.

 Pero los hombres son incapaces de dejar en paz a sus semejantes.

\*\*\*

Hace un año, aproximadamente, *los expertos* desaconsejaron que se colocaran semáforos en Rotonda para aliviar el tráfico. Se construyó, sin embargo, un túnel subterráneo bajo mi casa. Ello solucionó, en gran medida, la congestión vial.

Aun así, Rotonda continúa siendo Rotonda, el templo de la paciencia o la impaciencia, la valentía o el miedo, el sentido común o los impulsos desmedidos.

Y yo, insignificante ante su grandeza, un pobre enamorado que no hace daño a nadie, ¿debo soportar que me desahucien? A mí, que siempre cumplí las normas. Que esperé diligente horas y horas junto a la señal de ceda el paso. Que jamás perdí la alegría ni me dejé llevar por los nervios. Fui un ciudadano modelo al que suspendieron de empleo y sueldo a causa de la incompetencia de otros. Otros que sí conservaron los suyos.

Pues no.

No abandonaré jamás a Rotonda

Podíais haberme pedido cualquier cosa, salvo dejarla sola.

En breve el detonador hará explotar la dinamita que he colocado bajo Rotonda, en el túnel, justo donde las raíces del olivo que me cobija se han de topar, desesperadas, con la tozudez inconmovible del hormigón y del cemento.

Comprendo esa agonía sin esperanza.

Hay luna llena y esta madrugada de luto apenas circulan coches..

Solo resta confiar en que la prensa publique esta carta. Y que alguien diga que Cándido Alonso Rodríguez, Capitán General, Artificiero del Ejército del Aire, y funcionario del Ministerio de Defensa, murió feliz en los brazos de su amada.